

# El pasado y la memoria como fuentes de moral en *La cabeza del cordero*, de Francisco Ayala

Fernando Larraz  
Universidad Autónoma de Barcelona

*Quienes dominan una vez se convierten en herederos de todos los que han vencido hasta ahora.  
La empatía con el vencedor siempre les viene bien a quienes mandan en cada momento.  
Para el materialista histórico, con lo dicho ya es bastante.  
Quien hasta el día de hoy haya conseguido alguna victoria desfila con el cortejo triunfal en el que  
los dominadores actuales marchan sobre los que yacen en tierra.  
Como suele ser habitual, al cortejo triunfal acompaña el botín.  
Se le nombra con la expresión de bienes culturales.*

(Walter Benjamin, *Tesis VII Sobre el concepto de Historia*.)

No es de extrañar que *La cabeza del cordero* fuera el libro de Francisco Ayala al que el Régimen franquista opuso mayores barreras para ser editado y distribuido. Hasta marzo de 1974, veinticinco años después de su primera edición en Buenos Aires, no pudo venderse legalmente en España<sup>1</sup>. Francisco Ayala explicaba esta intransigencia en una entrevista concedida al diario *Informaciones* de Madrid, publicada el 13 de junio de 1974, donde razonaba lo siguiente:

---

<sup>1</sup> Seix Barral, que venía reeditando varias de las obras de Ayala, presentó a depósito su edición de *La cabeza del cordero* el 17 de abril de 1972 sin hacerla pasar antes por el trámite de la consulta voluntaria. De esta manera, eludían el «consejo» vinculante que habría llenado de tachaduras el libro, pero se arriesgaban a un secuestro de la edición, como de hecho ocurrió. El informe del censor denunciaba que «esta obra ha sido ya denegada varias veces, no solamente su edición en España, sino su importación. Ahora, en el ejemplar presentado, han rectificado algo pero solamente algo. En general, subsisten las razones que ocasionaron las denegaciones anteriores. Revisado nuevamente el texto, con la mayor benevolencia posible, hay tres párrafos inadmisibles totalmente. Son los tachados en las págs. 67-79 y 99. Corresponden a una de las calumnias asquerosas levantadas por los rojos contra el Ejército nacional: los asesinatos en los hospitales de Toledo. De autorizarse así la edición, el que suscribe cree que hay riesgo de que intervenga en el asunto el Ministerio del Ejército» (Archivo General de la Administración, expediente de censura 4722/72). Los cuentos más conflictivos fueron «La cabeza del cordero» y «El tajo», al que corresponde el pasaje aludido por el lector de la censura. No fue hasta las postrimerías del franquismo, en febrero de 1974, cuando, por orden directa del director general de Cultura Popular, Ricardo de la Cierva, se «liberaron» los tres mil ejemplares de aquella primera edición española del libro que la editorial había conservado en sus almacenes.

Muchas personas no han dejado de manifestarme su extrañeza por la especial demora con que ha llegado a publicarse en España *La cabeza del cordero*, dado el carácter nada partidista de este y de los demás relatos que componen el libro. Creo que precisamente la resistencia que ha encontrado se debe a su índole en apariencia neutral. Se trataba, como usted sabe, de una obra en que la guerra civil aparece tratada de una manera oblicua. La mirada del narrador prescinde de lo anecdótico de la contienda ideológica y persigue, básicamente, ofrecer una imagen viva de sus gravísimas implicaciones éticas y morales en el ámbito de la sociedad española. Tal vez, por ello, sus efectos críticos resulten más devastadores y lacerantes<sup>2</sup>.

En aquellas palabras se daba por sentado que la censura franquista solía actuar con un comportamiento racional, aplicando criterios uniformes y estables, y que la perspicacia de sus lectores era capaz de detectar cualquier connotación hostil oculta en los discursos narrativos. En realidad, la censura tendía a obrar de un modo arbitrario y chapucero, con resultados a veces imprevisibles en los que se pasaban por alto acusaciones veladas a las instituciones del Régimen<sup>3</sup>. Sin embargo, convenimos con el autor en que el distanciamiento literario alcanzado en este libro y, particularmente, en el cuento del que toma el título da lugar a lecturas que van más allá de una indagación histórica limitada a los acontecimientos de la guerra civil y la imposición de un régimen fascista en España y que, precisamente por ello, las apelaciones morales que se derivan de la narración son, por agudas y difícilmente refutables, intolerables para los vencedores.

«La cabeza del cordero», el cuento que cierra el libro homónimo que Francisco Ayala publicó

<sup>2</sup> Gustavo FABRA BARREIRO, «Francisco Ayala: Narrativa y ensayos ejemplares», *Informaciones*, Suplemento *Informaciones de las Artes y las Letras*, 309 (13 de junio de 1974), 1-2.

<sup>3</sup> Así lo han explicado muchos de los estudiosos del fenómeno censor en la España franquista y aun algunos de sus responsables. Sin duda, una de las ventajas de los autores del interior sobre los exiliados, desde el punto de vista de la recepción de sus obras, era un mayor conocimiento de las tretas para superar la vigilancia, entre las cuales estaba aplicar una cierta dosis de autocensura. También «disfrutaban» de un mayor margen de negociación que, en algunos casos, como en el de Cela, podía llegar a convertirse en un intercambio de favores. Ayala fue el narrador exiliado que más trató de negociar con las autoridades de la censura, de lo cual resultó que fuera el autor que tuvo una penetración más temprana en el campo editorial nacional (su obra *Historia de macacos*, de 1955, fue la primera obra narrativa de un autor exiliado publicada en España durante el franquismo). En 1964, a propósito de la publicación de sus *Obras completas*, el propio Ayala se dirigió al Ministro de Información, Manuel Fraga, preguntándose «si no habrá llegado el momento de que una casa editorial de Madrid o de Barcelona publique mis narraciones coleccionadas en un solo volumen, para ponerlas al alcance de los lectores a quienes este tipo de literatura interesa. Tal edición, como digo, no tendría sentido para mí a menos que pueda hacerse sin supresiones, que por lo demás – seguro estoy – ni usted ni el Sr. Robles Piquer [director general de Cultura Popular] considerarán indispensables, pero que en cambio algún subordinado de menos amplio criterio pudiera creerse obligado a proponer. Le agradezco mucho la atención que ha prestado a este asunto, que me interesa, según comprenderá, por razones objetivas tanto como personales; y espero tener oportunidad de volver sobre él cuando en junio próximo vaya a Madrid». Fraga le respondía que «con verdadero gusto contesto a su carta del día 30 de Marzo, para decirle que he dado las necesarias instrucciones a fin de que sus narraciones sean examinadas con un espíritu tan amplio como el que en todo momento se procura tener hacia la obra de los intereses españoles. Le aseguro que así se hará y le daré cualquier noticia sobre este tema lo antes que me sea posible. Estoy seguro que Vd. comprenderá que en esto como en otras materias es muy conveniente proceder con cuidado si queremos evitar errores que tan perjudiciales han sido a nuestro país en los tiempos contemporáneos» (Archivo General de la Administración, expediente de censura 3407/64). Y en 1966, al respecto de la edición de *De raptos, violaciones y otras inconveniencias*, Jorge Cela Trulock, de la editorial Alfaguara, había escrito al jefe de la sección de orientación bibliográfica, Faustino Sánchez Marín para informarle de que «Paco Ayala es una reconquista, en primer lugar de Camilo José [Cela] con su revista *Papeles [de Son Armadans]*, y después de Alfaguara. Reconquista es. Ayala de espaldas a España quiere publicar, pero publicar aquí, y creo que esos trozos no convenientes, al ser únicamente algo fuertes, no más que otros muchos a los que no se les ha puesto reparos, quizá no deberían ser quitados. Es agradable ver que este tipo de personas vuelvan a lo suyo de nuevo. Sería una pena por tan poca cosa no ayudar a su vuelta». Finalmente, el libro fue autorizado con cinco tachaduras (Archivo General de la Administración, expediente de censura 4246/66).

en 1949, es un relato anegado de sutiles implicaciones morales: la historia, los objetos y lugares, los recuerdos... todo aparece lastrado por un poderoso trastorno de culpa que resiste a la pretendida actitud frívola con que el protagonista afronta la realidad. José Torres, narrador y representante de una casa de exportaciones que se encuentra de viaje de negocios en la ciudad norteafricana de Fez, es invitado por unos extraños que dicen pertenecer a la rama marroquí de los Torres, expulsados de España siglos atrás y que se muestran empeñados en encontrarse con su pariente español, de cuyo viaje han tenido conocimiento casualmente. A través de las diversas conversaciones mantenidas a lo largo de la jornada, el protagonista va distinguiendo en sus anfitriones numerosos rasgos físicos y personales de sí mismo, lo cual, unido a la coincidencia de los apellidos y una misma procedencia geográfica –como él, los Torres africanos son oriundos de Almuñécar–, lo lleva a considerar verosímil el parentesco. Esa conciencia le produce sentimientos que van socavando la autosuficiencia de ánimo que había adoptado ante la inesperada circunstancia. Su desprevenido atisbo al pasado –provocado por los requerimientos de sus familiares a que refiera la historia reciente de su rama familiar y por el relato que ellos hacen de la suya propia– se presenta narrativamente a través de sucesivas y fugaces analepsis que producen en él una revelación de su propia identidad reprimida y le causan simultáneamente vértigo, temor, curiosidad y atracción. A través de estos recuerdos, se van tejiendo líneas que relacionan los pasados de las dos ramas de los Torres que, pese a las abundantes omisiones e imprecisiones, conforman ante el lector sendos relatos de sus respectivas memorias.

La jornada que limita el tiempo de la historia, que por ser festiva el protagonista había dispuesto para conocer tranquilamente la ciudad, sigue con el paseo, la comida y la sobremesa que comparte con su primo, con cuya contemporaneidad progresista Torres simpatiza. Ayala, salvando la traducción de José/Yusuf, refuerza esta similitud dándoles un mismo nombre. En ambos hay una acusada renuencia a indagar en el pasado, pues entienden que su posibilidad de progresar y medrar socialmente no reside en la memoria: «el joven Yusuf parecía más interesado en saber acerca del presente que de especie alguna de antiguallas; más de los Estados Unidos que de España» (174)<sup>4</sup>. Cuando los dos primos regresan a la casa de los parientes al atardecer, tal como José Torres se había visto obligado a prometer, la cena está preparada: la carne de un cordero troceada y presentada en una bandeja alrededor de la cabeza del animal. Con tal manjar los Torres africanos pretenden agasajar a su invitado, pero a este le repugna el grasiento alimento y, sobre todo, la visión de la cabeza del cordero sobre la bandeja.

A lo largo de la cena, los deseos de la anfitriona de conocer la historia familiar de su invitado y por informarle de la suya propia se hacen más insistentes. Las imágenes del pasado que Torres ofrece a sus parientes permiten al lector conocer paulatinamente la peripecia del protagonista durante la guerra civil. Sin embargo, esta no se revela de una vez pues prevalecen los silencios y las resistencias. La memoria personal va apareciendo bajo la forma de imágenes inconexas que el protagonista de «La cabeza del cordero» rescata a regañadientes de la parcela domeñada del recuerdo y cuya yuxtaposición desordenada impide dotarlas de un significado coherente. Pronto le surge al lector la sospecha de que es el mismo Torres quien no quiere racionalizar los recuerdos mediante una forma narrativa.

Únicamente cuando durante la noche, ya solo en el hotel, el protagonista se desvela y cesa el control sobre su memoria, se manifiesta con toda su crudeza la actuación de José Torres durante

<sup>4</sup> Todas las referencias a «La cabeza del cordero» se refieren a su primera edición: Francisco AYALA, *La cabeza del cordero*, Buenos Aires, Losada, 1949. Entre paréntesis, cito el número de página.

la guerra civil. En aquellos años, a fin de mantener indemne su posición laboral, Torres no había dudado en liderar el comité obrero que tomó a su cargo la empresa en la que trabajaba. La influencia de este puesto de responsabilidad sindical podría haber sido suficiente para salvar a su indiscreto tío Jesús de la muerte a manos de los revolucionarios. Pero, actuando por prudencia y temor, había preferido callar incluso delante del cadáver mancillado de su tío. Tras la entrada del ejército franquista en Almuñécar<sup>5</sup>, justificó su afiliación sindical como una estrategia para preservar la propiedad de la empresa en manos de sus antiguos dueños, al tiempo que el sacrificio de su tío Jesús le servía de credencial familiar y lo convertía en víctima subsidiaria del terror rojo. Tampoco entonces quiso arriesgar su posición en el nuevo Régimen nacionalista interviniendo a favor de su otro tío, Manuel, cuyo republicanismo lo había llevado a prisión, ni intentó salvar a su primo Gabriel de la ejecución a causa de un malhadado azar.

Este argumento encierra una visión intelectual de la guerra civil española en la que los acontecimientos y anécdotas son trascendidos con notable sutileza en una visión superior del conflicto humano. Como ha notado Daniel E. Gustad, una atenta lectura de los cuentos de *La cabeza del cordero* «reveals themes much more universal than the causes and events of the Spanish Civil War»<sup>6</sup>. La violencia, motor universal de la historia, aparece como una cuestión resuelta con la producción incesante de triunfadores y de damnificados, una segregación perpetua entre los que son capaces de sobrevivir a los conflictos sin atender a ningún compromiso con los derrotados y aquellos a quienes, por el contrario, el tiempo inflige una irremediable degeneración. Cada acontecimiento violento de la historia, en la interpretación que Francisco Martínez hizo de estos cuentos de Ayala, produce «el desfase radical entre el ritmo de la vida individual y el ritmo histórico» y, como consecuencia, «éste se acelera atropellando a aquél»<sup>7</sup>. Subyace a todo ello una *hobbesiana* visión de la vida en común según la cual la historia queda representada como un reequilibrio continuado de la convivencia –llámese familia, sociedad o nación– rota después de cada descalabro gracias al monopolio de la violencia ejercido por quienes han salido victoriosos del conflicto. Pero este reequilibrio ya sólo sirve para confirmar la posición de privilegio y poder de los que han vencido por el uso de la fuerza. Queda de todo ello, irremediablemente, una serie de pulsiones irresistibles hacia la agresión mutua que únicamente se dominan mediante la dócil aceptación de los papeles asignados y heredados por las víctimas.

Torres representa bien al grupo de supervivientes gracias a su capacidad de sobrellevar los embates sin caer en los riesgos que encierran las prescripciones ideológicas y los códigos morales. Desde un punto de vista ideológico, no quiso identificarse ni con el bando de los ganadores ni con el de los derrotados de la Guerra Civil, sino que su mala conciencia proviene, precisamente, de su capacidad para «brujulear» (194), término con el que el narrador expresa su facultad para encontrar siempre nortes ocasionales que guíen su comportamiento hacia el objetivo de maximizar su bene-

<sup>5</sup> No hay que dejar de recordar aquí que las dos tomas de Almuñécar, en 1489 a manos de los Reyes Católicos y en 1939 a manos del ejército franquista, dieron lugar a sendas represiones descritas en este cuento. El escudo de Almuñécar, por cierto, representa las cabezas de tres piratas berberiscos hundiéndose en el mar por la acción defensiva de los cristianos. No es preciso explicitar las conexiones de estas cabezas con las demás cabezas de inocentes que aparecen en el cuento y que quedan simbolizadas en su título, «La cabeza del cordero».

<sup>6</sup> Daniel E. GULSTAD, «Babel, Roots, and Exile in Francisco Ayala's *La Cabeza del Cordero*», *Revista Hispánica Moderna*, 2, XLIII (1990), 192-205. El propio Ayala, en el proemio del libro, explica que «el tema de la guerra civil es presentado en estas historias bajo el aspecto permanente de las pasiones que la nutren; pudiera decirse: la guerra civil en el corazón de los hombres» (14).

<sup>7</sup> Francisco MARTÍNEZ, «Dialéctica del poder y la libertad en "Los usurpadores" y "La cabeza del cordero"», de Francisco Ayala, *Diálogos Hispánicos de Amsterdam*, 9 (1990), 13-22.

ficio personal. Gracias a esta actitud, que en su particular modelo de racionalidad responde a un imperativo de prudencia, no dejó que su serenidad fuera vencida por el horror cuando distinguió el cadáver de su tío Juan asesinado por las masas ni tuvo reparos morales en asumir la dirección de la empresa en la que trabajaba cuando esta pasó a manos de un comité obrero. Aquella actitud le permitió también, una vez acabada la guerra, desentenderse de la suerte de su tío Manuel, en prisión primero y desterrado después. Traidor, por tanto, a sus dos tíos, el nacionalista y el republicano, la rapacería se convierte para él en un modo razonable de sobrevivir al desastre.

Por su parte, los Torres africanos son el resultado de una cadena de derrotas iniciadas con la toma de Almuñécar por los cristianos y seguida por su expulsión de la Península. Su genealogía es un compendio de destierros, ejecuciones y oprobio entre los que destaca la historia, intercalada en el relato principal, de Torres *el Evadido*, un ascendiente remoto que fue víctima del tirano contra el que pretendió conspirar. Y sólo dos o tres generaciones antes, la familia había conocido un efímero éxito social gracias al abuelo en cuyo retrato José Torres cree identificar sus propios rasgos, pero cuyo talento no halló continuidad en los demás miembros de la rama familiar.

El sensacional corte que la historia establece entre unos y otros, entre los muertos y los vivos, los derrotados y los vencedores, las víctimas y los usurpadores, los exiliados y los arraigados –todos ellos, «ramas derivadas de un mismo tronco» (155)– se refleja en este cuento en la incomunicación radical entre Torres y sus parientes. El contacto entre los musulmanes y el español es una perpetua incapacidad de comprenderse y de intercambiar su información con fluidez. A ello los han llevado sus respectivas condiciones de naufragos y supervivientes de la circunstancia histórica. Los Torres de África hablan con un lenguaje anacrónico, «un castellano arcaizante y literario» (153); «sus embrolladas historias» (166) resultan incomprensibles para el español y se sienten atraídos por un pasado de grandeza después del cual todo había sido degeneración. Ven en el Torres español su futuro no realizado ante el cual el presente de vencedores y vencidos supone una premonición del fracaso de la reunificación familiar. De hecho, para los Torres africanos, «esta pobreza fue uno de los argumentos que más habían pesado en la discusión de la víspera sobre si me invitarían o no a visitarlos» (156). El Torres de España, por el contrario, afronta la vida con auto-complacencia y sentimiento de superioridad –«me sonreí de su puerilidad» (155)–, pero también con una irremediable incomodidad ante la desgracia de aquel linaje extraño pero perteneciente a su propia estirpe –«forzado a improvisar de prisa y corriendo una actitud seria, decorosa, deferente, conveniente, caía en la más envarada decencia, y me sentía ridículo» (154)–.

Este desnivel no es provocado sólo por las circunstancias, sino que está inducido por un recelo del protagonista que lo previene ante el reconocimiento. Desde el principio, se resiste a aceptar la consanguinidad con sus huéspedes: «no un razonamiento fundado, sino una impresión así, arbitraria pero muy poderosa, quería cerrar el paso a la eventualidad de ese parentesco, y me parece que se hubiera defendido incluso contra la pura evidencia» (157). Y todo ello, porque en ellos «algo nuestro se desvivía por hablarme» (159) y ese «algo» no era sino una sorda acusación moral contra él. De ahí la alteridad esencial del relato, que marca la doble relación dialéctica que ha señalado Thomas Mermall: «(1) la dialéctica subjetiva entre un yo consciente y su otro yo inconsciente o subconsciente; y (2) la dialéctica objetiva entre un yo y un otro semejante pero no reconocido como tal; alguien visto como ajeno al yo»<sup>8</sup>.

<sup>8</sup> Thomas MERMALL, «El texto icónico: la alegoría de la realidad del otro en los relatos de Francisco Ayala», *Hispanic Review*, 51 (1983), 43-61.

Esta imposibilidad de comunicación, rotos los hilos culturales, segregada la familia por la misma mecánica fatal de la historia, se acrecienta durante la cena en que es servido el cordero. Los códigos revientan, el invitado no sabe cómo comportarse y los anfitriones «no estaban menos azorados» (183). Torres es incapaz de comprender a su tía cuando habla y su tía es incapaz de seguir la historia en boca de Torres. Gulstad habla de una Torre de Babel a partir del apellido de los personajes, ya que «these divisions are all breakdowns in communication»<sup>9</sup>. La mesa es demasiado incómoda, el manjar que le ofrecen resulta repulsivo y el protagonista se siente atrapado y no encuentra el modo de salir de aquella caída en sus recuerdos. Pese a su carácter generalmente adaptable a cualquier circunstancia, se ha convertido en aquella casa en un extraño. Este «tajo» entre huésped y anfitriones es la consecuencia de una usurpación que late en todo el cuento: los vencidos son víctimas de una usurpación de la tierra, de la riqueza y del bienestar físico y moral. El antepasado del joven Yusuf fue víctima de «el usurpador Abdelahmed» (181), pero también lo es de una estirpe de usurpadores a la que pertenece su primo José Torres, quien a su vez se ha apropiado sucesivamente de las posiciones de sus tíos para poder salir a flote.

La historia coloca en posiciones inconciliables a los supervivientes y a los derrotados. No en vano, las víctimas son puestas en un mismo plano de identidad: en su tía, José Torres encuentra «un parecido atroz con mi tío Manuel. Descubrimiento que, a decir verdad, fue para mí harto desagradable» (163-164) por traerle recuerdos de aquel pariente exiliado «a quien tantos años hacía que no había visto, ni maldita la gana, pues me separaban de él, no sólo el océano, sino también mares de sangre...» (164). Aquel parecido le revela que su recién descubierta tía es miembro de su misma estirpe y, por cierto, de la sección más denostada y voluntariamente olvidada de ella. Como su tío Manuel, sólo un acto de voluntad la ha enajenado en su conciencia de su condición de familia propia. A Torres le repelen los significados de esa manera de gesticular y de hablar asociados a su recuerdo. Le repugna también la imagen de su tío Manuel porque el relato nos dará noticia de que, inserto en él hay un complejo de culpa que se ha querido cubrir de justificaciones y acusaciones. Posteriormente, los ademanes de la Torres la asemejan, en el recuerdo del protagonista, a su tío Jesús, también víctima de la guerra, a causa de su fanatismo y de su verborrea. Nunca, en cambio, se le aparecen similitudes con sus propios padres, de los que casi nada nos dice. Él, en cambio, guarda un enorme parecido físico con el único ganador que en la rama africana había habido desde su expulsión de España, «Mohamed ben Yusuf, el mejor hombre de toda la familia, aquel que logró restituirle aquí, en África, la importancia que antes había tenido en Andalucía» (169)<sup>10</sup>.

La tía incita a la memoria de Torres, esperando relatos de esplendores y fugaces declives, con un provechoso balance final que contraste con su propia decadencia irrefrenable. Torres se ve en la obligación de relatarle los recuerdos que le están viniendo a la mente: el cadáver de su tío Jesús, por ejemplo. Aquellas preguntas por su pasado, con las que la africana pensaba dar ocasión a Torres de exponer con detalles su éxito en la vida, sin embargo, tienen un resultado macabro en el ánimo del protagonista: «arruinado estaba ya, sí, definitivamente estropeado, el humor espléndido con que yo había comenzado mi día. ¡Dios me valga: que qué había sido de nosotros!» (171). Porque al remover el pasado aparecen los espectros indeseables de él y se le malogra la perspectiva del presente.

<sup>9</sup> Daniel E. GULSTAD, «Homecoming and Identity-Quest in Ayala's *La Cabeza del Cordero*», *Hispanófila*, 103 (1991), 1-16.

<sup>10</sup> Nos diferenciamos así de la interpretación ofrecida por Nelson R. Orringer, quien entendió que «el retratado, no cabe duda, muestra a José el perfil moral de su mejor yo, de aquel Torres que habría podido ser de haber tomado sobre sí la jefatura, durante la guerra civil, de su rama de la familia. Si se hubiera atrevido a cruzar líneas ideológicas, movido por consideraciones más humanas, con sus dotes de comerciante acaso habría salido, a lo mejor, como Mohamed ben Yusuf: Nelson R. ORRINGER, «Responsabilidad y Evasión en *La Cabeza del Cordero* de Francisco Ayala», *Hispanófila*, 52 (1974), 51-60.

La guerra civil aparece en el discurso narrativo de «La cabeza del cordero» como el reflejo de la misma dinámica de la historia, de la cual José Torres es un cínico superviviente. Y porque lo es, las respectivas actitudes de sus dos tíos durante aquellos días que ahora le fuerzan a recordar le resultan igualmente rechazables. El compromiso político de su tío Manuel le parece característica propia de un «energúmeno» y su prisión y exilio y el de sus hijas es una pena razonable a pagar. Por su parte, la «violencia inocentona» (166) y «el ardor ingenuo» (167) de su tío Jesús y su fatal verborrea no le parecen dignas de conmiseración, sino muestras de que, como actor de la historia, era «tonto» (167). La guerra y el azar (el peso ideológico y el cinismo impertérrito) ponen al individuo ante un conflicto en que lo primero es el dilema entre intervenir o sobrevivir que Torres quiere despojar de todo significado moral, pues según él no hay más imperativo que el de existir y existir en las mejores condiciones.

Entre Torres y su memoria hay efectivamente un desencuentro peligroso, tan peligroso como el que existe entre él mismo y sus familiares. Su relato nos lo muestra como un extraño entre los de su generación. Por una parte están los hijos de su tío Juan, combatientes en el bando nacionalista, quienes desde su condición de héroes victoriosos contemplan con desprecio la cobardía de su primo, incapaz de salir en defensa de su padre durante el «terror rojo». En cuanto a Gabriel, hijo de su tío Manuel, falleció porque el azar y su bonhomía lo obligaron a cargar con una culpa que no era suya. Las hermanas de Gabriel sufren el exilio en alguna república americana que Torres no se ha permitido averiguar. Por todo ello, para Torres, la guerra no ha significado sino una prueba de astucia, de cálculo de posibilidades personales que contrasta con la situación de sus primos. Ahora, pese a su satisfacción, desea que la guerra comparezca en su conciencia como «un pretérito consumado»<sup>11</sup> sobre el que tiene una serie de percepciones claras e inequívocas. Sin embargo, como pertinaces rescoldos de un pasado insuficientemente apagado, la mente del protagonista fabrica visiones de las víctimas a las que él ha querido tapar con un manto de argumentos justificativos. El pasado del individuo, pasado remoto –representado en sus parientes desterrados– y pasado próximo –representado en sus dos tíos por él abandonados–, posee una fuerte capacidad de invocación que el protagonista ha pretendido acallar.

La lectura moral de «La cabeza del cordero» es aneja a una interpretación de la sociedad del naciente franquismo que Ayala supo entrever con suma nitidez desde su exilio porteño, muy probablemente gracias a sus estrechos y constantes contactos con españoles del interior y a sus lecturas de la literatura peninsular. Con este cuento, Ayala pudo desmentir el tópico de la imposibilidad de escribir sobre España desde el exilio que numerosos críticos franquistas vertían con sospechosa frecuencia. El personaje José Torres es un prototipo sumamente veraz de una generación de tibios apolíticos que, con una visión darwinista y amoral de la realidad social, pretendían reaccionar al fracaso de los grandes proyectos políticos de los turbulentos años treinta. Justificaban su completa desmovilización aduciendo que las quimeras comunistas y falangistas habían producido el baño de sangre y, de este modo, iban copando los más altos puestos del poder económico y dotando a la sociedad española de una clase burguesa pudiente, capitalista, no militantemente

<sup>11</sup> Así se refiere Francisco Ayala en el proemio a este libro al modo como presenta la guerra civil en «La cabeza del cordero»: «Tampoco en las dos novelas de corte paralelo, *El regreso* y *La cabeza del cordero*, se presenta la guerra en su actualidad, sino ya como un pretérito consumado. Han pasado después de ella diez años; pero sigue estando ahí, gravita inexorablemente sobre uno y otro protagonistas y, distintos entre sí como lo son, tanto en carácter como en circunstancias, ambos remiten a ella su destino respectivo. Están sus vidas engarzadas en la guerra; más aún: la guerra está hecha con sus vidas, con su conducta; sin embargo, el enorme acontecimiento los abrumba y provoca en ellos ese horror que, en las pesadillas, nos producen a veces nuestros propios pasos; en los espejos convexos, los rasgos de nuestra propia fisionomía» (15).

franquista, pero beneficiada por las indigencias y por las coyunturas y condiciones a las que el régimen se veía obligado para subsistir. Por todo ello, la curiosidad que el mundo despierta en José Torres está en función de la gama de oportunidades que le ofrece para medrar. Representa una clase social y una generación que formaría la mesocracia arribista de los años cincuenta y sesenta a la que se enfrentaron algunos de los más militantemente vencedores (los hijos del tío Juan) tanto como los vencidos (el tío Manuel). Los miembros de este grupo social, pendientes de escalar posiciones, pretendían desmitificar el heroísmo y la ideologización para justificar su indiferencia de sobrevivientes naturales de las circunstancias.

Caracteriza a José Torres su apelación a un modelo de racionalidad que ha construido a su medida y que le permite sortear los peligros de su conciencia. Francisco J. Ávila habla, jugando con el apellido del protagonista, de «una torre racional y cínica, construida con falaces argucias supuestamente a prueba de toda incursión de recuerdos acusadores»<sup>12</sup>. El axioma que rige este aparato argumental es la necesidad irrenunciable de sobrevivir a cualquier precio. Es una razón, por tanto, instrumental, autónoma de cualquier principio imperativo que trascienda a su propio beneficio, lo que en sociología se ha llamado racionalidad de los medios (Weber) o razón instrumental (Escuela de Francfort). Los principios de este modelo de racionalidad están muy claros para el personaje: «quien lo analice fríamente y no sea un perfecto animal comprenderá y justificará mi manera de proceder. A mí, la conciencia nada tiene que reprocharme a la luz de la razón» (195). Esta luz de la razón ofrece una visión cómplice del devenir temporal y alumbró la «misericordia del tiempo» que «todo lo mitiga» (192). La concepción de la historia que tiene Torres es sumamente ejemplarizante. Los acontecimientos le demuestran que están respaldados por una necesidad trascendental con la que fuerzan la realidad hasta hacerla racional. La muerte de su primo Gabriel, por ejemplo, aun debiéndose a un azar, evitó las «barbaridades» que habría cometido si «por casualidad le hubiese tocado estar en zona roja, como me tocó a mí» (176). A su tío Manolo, intuye, con el exilio «se le quitarían las ganas de hacer el energúmeno» (178). Frente a esta impostada visión idealista de la historia, la representación de esta como ejemplo de barbarie es un riesgo que acomete al personaje a raíz de su encuentro con los inesperados parientes. Con esta ocasión, el pasado se revela como una fuente de temores profundos y atávicos que no dan respuesta racional al actual reparto de posiciones. De ahí el sentimiento de miedo que se despierta cuando se ha puesto en marcha el mecanismo de la memoria. Los verdugos, entre los que, por omisión, se encuentra José Torres, tienen un rechazo casi inconsciente hacia el recuerdo. Para él, «a nadie le gustaba hurgar en el pasado de la familia; no había interés o gusto» (157). El tiempo ya no es cómplice sino traidor. No es un tiempo que únicamente incluye el futuro y aleja al sujeto del pasado (tiempo que todo lo mitiga) sino que contiene también una persistente memoria acusadora que se ha enquistado en la identidad del individuo. En cambio, las víctimas, como su tía, tienen una inocente necesidad de saber para hallar una lógica que dé razón de su indigencia actual. Por ello, renuncian a proseguir haciendo la historia sin apelar a las venturas de las que un azar les privó, a las potencialidades y utopías de un pasado imposible, para lo cual ansían disponer de suficientes datos del pasado con el que urdir una memoria que explique su fracaso histórico.

El modelo justificativo de racionalidad con que Torres aspira a anular todo prejuicio moral le produce un reparador sosiego y una autoconciencia de armonía con el mundo que manifiesta con un ánimo escéptico y mordaz. Con ese espíritu afronta la aventura del encuentro con sus auto-

<sup>12</sup> Francisco J. ÁVILA, «El pasado presente de la Guerra Civil y su materialización en *La Cabeza del Cordero*: Maestría y «penosas perplejidades» de Ayala», *Letras de Deusto*, 64 (1994), 29-49.

proclamados parientes. Pero al mismo tiempo, es tan frágil que exige una incesante cautela para no quebrar. La acechan peligros asociados, sobre todo, con el pasado y con códigos reprimidos de una moral casi natural. Por ese motivo, Torres se asusta ante su osadía, aun antes de imaginarse las consecuencias de la peripecia en que se ha adentrado: «sólo entonces caí en la cuenta de la ligereza que había cometido» (153) aceptando la invitación de sus parientes. Precisamente, su modelo de racionalidad va a naufragar circunstancialmente cuando someta sus bases a los embates de la memoria. La razón que guiaba los actos de José Torres se reblandece, se rebela contra su promotor porque quedan resquicios por los que se cuele la mala conciencia inconsciente.

Así, llega el momento clave del cuento, el empacho que el protagonista sufre una vez acostado en la cama de su hotel. Lo vivido a lo largo del día excede en su imaginación la categoría de anécdota y va tomando un aire progresivamente peligroso, «insufrible, casi» (190). En el desvelo que sigue a la indigesta cena, aquellos reparos de la conciencia cobran la forma fantasmagórica de la cabeza del cordero que le roe las entrañas y le produce un insufrible desasosiego. El subconsciente de Torres ve simbolizado en aquella cabeza el sacrificio de los inocentes: es la cabeza de su tío Jesús, que él vio y negó; y la cabeza de aquel «Torres el evadido, llamado también el del ángel» (180) que estuvo expuesta después de degollado a modo de escarmiento y con la que acabaron pronto las alimañas. Es asimismo la cabeza de su primo Gabriel, ejecutado por asumir una culpa de la que no era responsable. Sus anfitriones, en su inocencia, pueden solazarse con la comida del cordero, mientras que el narrador sufre porque le parece intragable, porque para él ha adquirido el significado de un holocausto en el que no compartió la suerte de las víctimas sino la de los verdugos y, por tanto, es cómplice de tanta desgracia, de la que es beneficiario por herencia. No es irrelevante la coincidencia de los nombres de sus tíos (Jesús y Manuel) con el de Cristo, víctima de los pecados humanos según la tradición cristiana, tal como lo ha señalado Daniel Gulstad<sup>13</sup>. El protagonista había temido que le ofreciesen la cabeza del cordero, pero, afortunadamente para él, sus anfitriones no lo habían hecho. Traduciendo la clave simbólica, los parientes habían evitado el ajuste de cuentas. Pero esto no bastaba para que la cabeza, con todas sus connotaciones significativas, le estragase el estómago, convertido en receptáculo de su sensibilidad moral.

Ante estas acechanzas, el protagonista hace un esfuerzo sobrehumano por expulsar aquella culpa que, bajo la forma de la cabeza del cordero, «me arañaba con sus dientes en las paredes del estómago, y me producía náuseas» (198). Como señaló Nelson Orringer, «lleva su conciencia insaculada en una película de tejido visceral; interpreta valores trascendentes a través de reacciones estomacales»<sup>14</sup>, lo cual no es sino un modo de transposición o de evasión de responsabilidades. Todo se deforma en la noche y las atenciones y la comida ofrecidas por sus familiares adquieren un aspecto grotesco, dantesco, de pesadilla. El pasado se asimila a los parientes recién conocidos: el retrato que le ha presentado su tía le trae a la memoria el cuadro de su «tío muerto, allí tirado en aquel desmonte, junto a otras muchas víctimas, para que la chusma se solazara en hacer comentarios, y hasta en darle con el pie. Y yo, ahí delante, fingiendo indiferencia» (191). Todo lo cual le ofrece una clave de su identidad: las caras de los muertos y su fingida «indiferencia» (191).

Lo que durante el día carece de implicaciones morales («es necesario sobrevivir», «hice lo que pude»...), ahora se deforma, y, mediante la deformación, ofrece nuevos significados que lo degradan ante su propia memoria. La indigestión se convierte en una pugna entre una razón impostada, artificial, que le habla de planes empresariales y le justifica que «mi proceder durante ese turbio

<sup>13</sup> Daniel E. GULSTAD, «Homecoming and Identity-Quest».

<sup>14</sup> Nelson R. ORRINGER, «Responsabilidad y Evasión».

periodo fue razonable; el único sensato, en definitiva» (192) y que es la que regía el día del protagonista, cuando «era capaz de hacerle frente al recuerdo» (192); y, de otro lado, las quiméricas visiones nocturnas, cuando, como en el cuadro de Goya, el sueño de la razón produce monstruos. «Lo malo es que, por la noche, cuando uno ha tenido la mala pata de desvelarse, la razón se oscurece, se turba el juicio, y todo se confunde, se corrompe, se tuerce y malea. Entonces, aun las cuestiones más simples adquieren otro aspecto, un aspecto falso; vienen deformadas por el aura de la pesadilla, y no hay quien soporte...» (195). Tal pesadilla no es sino un escarmiento por no estar prevenido ante el pasado. En la serenidad que sigue al vómito, Torres concluye que no se puede aceptar el reto de asomarse al pasado. Tampoco debe dejar descansar el modelo de racionalidad asumido para su tranquilidad de ánimo ni suspender la vigilancia –por hacerlo había permitido que sus pasos lo encaminaran inadvertidamente a Fez y no a Marraquech, destino idóneo para sus negocios– que lo salvaguarda ante el acecho acusador de la memoria y de la conciencia moral.

En conclusión, la historia narrada en «La cabeza del cordero» supone una honda reflexión moral sobre el casi fatal papel de la historia como ejecutora de injusticias. La posición de privilegio heredada por quienes detentan un poder (económico, cultural, ideológico, social, político...) esconde una violencia ancestral de la que son culpables. Así lo denuncia el reproche mudo de las víctimas y la silenciada acusación de la memoria. Frente a tales reivindicaciones, todo privilegio se manifiesta como una usurpación ilegítima ante la cual únicamente cabe prevenirse con un código de comportamiento que justifique tal violencia, acomodándose de la manera más conveniente a las ventajas de la circunstancia personal. Queda de la lectura de esta historia una interpelación a la actuación del lector como sujeto histórico y una radical refutación de la ideología historicista. Como ha dicho Daniel Devoto, «una vez aprehendidos los trasfondos del relato de Ayala, se comprende perfectamente la sensación de opresión, de oprobio casi, que deja su lectura»<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> Daniel DEVOTO, *Textos y contextos*, Madrid, Gredos, 1994, 525.